



## Más allá del egoísmo y la entrega: la dialéctica del deseo generativo<sup>1</sup>

**Julia E. Davies, Ph.D.<sup>2</sup>**

*Ann Arbor, Michigan, USA.*

Los deseos derivados de un interés propio no pueden sino coexistir, en mayor o menor grado de conflicto, con aquellos otros de naturaleza afiliativa. Desde su sofisticada visión de la naturaleza de la relación dialéctica entre corrientes motivacionales en apariencia opuestas, la autora nos invita en este artículo a profundizar en aspectos cruciales de la teoría y la práctica psicoanalítica. Dos esclarecedoras viñetas clínicas le sirven para ilustrar sus propuestas concretas para una práctica clínica en sintonía con los significados profundos de las motivaciones aparentemente dominadas por el interés propio, que paradójicamente, puede ayudar al paciente a desarrollar su capacidad para la conexión afiliativa genuina con el analista y los otros. Del mismo modo que un trabajo en sintonía con los significados profundos de motivaciones abiertamente acomodaticias puede posibilitar el desarrollo de un interés propio más saludable.

**Palabras clave:** Egoísmo, Entrega, Deseo generativo, Conexión intersubjetiva

Self-interested wishes and affiliative desires must coexist more or less in conflict with one another. From her sophisticated viewpoint of the nature of the dialectical relationship between apparently opposed motivational currents, in this article the author invites us to examine crucial aspects of psychoanalytic theory and practice. Two enlightening clinical vignettes serve to illustrate her specific proposals for a clinical *praxis* where self-interested motivations, met with an attunement to their deeper meanings, can help patients develop their ability to form more genuine affiliative connections with the analyst and others. Just like overly-accommodating motivations met with an attunement to their deeper meanings may lead to a strengthening of their ability to embrace healthy self-interest.

**Key Words:** Selfish, Selfless, Generative Desire, Intersubjective Connection

**English Title:** Beyond Selfish and Selfless: The Dialectics of Generative Desire

### **Cita bibliográfica / Reference citation:**

Davies, J.E. (2012). Más allá del egoísmo y la entrega: la dialéctica del deseo generativo. *Clínica e Investigación Relacional*, 6 (1): 34-42. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de [www.ceir.org.es](http://www.ceir.org.es) ]

Como analistas dedicamos buena parte del tiempo a tratar de ayudar a nuestros pacientes a identificar qué es lo que realmente quieren, y a encontrar modos de expresar sus deseos en el contexto de sus relaciones personales y de los distintos grados de intimidad en cada una de ellas, incluida claro está, la relación analítica. En todos nosotros coexiste una compleja mezcla de deseos, unos marcados por intereses propios y otros por los de afiliación. Deseos que, en cualquier momento y en mayor o menor medida, pueden estar en conflicto entre sí o con los de otras personas. Los modos de los pacientes de negociar la expresión de estos deseos racionalmente complejos están generalmente relacionados con los modos en los que sus deseos recibieron respuesta en sus relaciones tempranas.

Sabemos por la experiencia clínica que la cualidad de un deseo caracterizado estrictamente por el interés propio, bien sea en un niño pequeño o en un paciente en análisis, puede verse ampliada o incluso transformada por los modos en los que ese deseo recibe respuesta por parte del cuidador o del analista. Asimismo, la naturaleza de dichas interacciones puede de este modo internalizarse en forma de estructura profunda, especialmente cuando se trata de niños de edad temprana. En este trabajo trataré de establecer una distinción entre lo que denomino interés propio “yo solo” e interés propio “yo contigo”. Es mi intención además explorar la importante relación dialéctica entre las motivaciones marcadas por el interés propio y aquellas de carácter afiliativo. El interés propio del tipo “yo solo” tiende a la falta de conciencia y empatía por los sentimientos del otro, mientras que el interés propio “yo contigo” supone una mayor capacidad para la empatía e identificación con dichos sentimientos. Cuando el analista logra explorar el interés propio “yo solo” sintonizando con él, éste a menudo podrá evolucionar y convertirse en un interés propio del tipo “yo contigo”. A modo de ilustración desearía comenzar con una breve viñeta clínica sobre unos niños pequeños en interacción con sus madres. Se trata de una viñeta que llevo deseando comentar desde que la presencié hace muchos años durante un corto periodo en el que me dediqué a la investigación en psicología evolutiva, por el modo tan claro en el que pone de manifiesto determinados tipos de experiencias de la infancia temprana, cuyos resultados muy a menudo descubrimos en nuestros pacientes adultos.

Durante un tiempo breve estuve trabajando junto a Jerome Kagan, un psicólogo evolutivo de Harvard, en un proyecto de investigación sobre consistencia temperamental en niños de corta edad. Uno de los entornos de observación del estudio consistía en una situación de juego entre pares en la que se solicitaba a dos niños de 3 años y a sus madres que pasaran 30 minutos juntos en una amplia y agradable sala de juegos. A las madres se les pedía que se sentaran juntas en un sofá y dejaran a sus hijos jugar, tratando de reaccionar de la forma más natural posible ante cualquier acercamiento de los niños hacia ellas. Nosotros observábamos la interacción tras un espejo unidireccional. Aunque el foco del estudio era el temperamento, los dramas interpersonales que se iban desplegando en la sala atraparon mi atención desde el primer momento. Una sesión de juegos me impactó con especial intensidad.

Las dos madres estaban sentadas una junto a la otra, en un sofá alargado, observando a sus hijos jugar. Uno de los niños se acercó a su madre, con una actitud de bienestar e intimidad y de una forma dulce pero ligeramente traviesa se inclinó sobre ella, y le pidió un lápiz. Su madre asintió con la cabeza, cogió su bolso y de un modo también juguetón y afectivamente sintónico, le entregó el lápiz. El niño permaneció cerca de su madre y ambos comenzaron a jugar a un juego en el que, repetidamente, el niño pedía el lápiz a su madre, ella se lo daba, él se reía y se lo lanzaba una y otra vez con una mezcla de deleite y provocación. Cuando el niño le devolvía el lápiz ella fingía sorpresa y aflicción, pero también claramente moderaba, mediante sus gestos faciales, la fuerza con la que él lo arrojaba. El juego prosiguió con animadas expresiones de sorpresa, provocación, amables limitaciones y risas divertidas.

El segundo niño permanecía de pie a unos pocos metros del sofá donde estaban sentados las dos madres y el primero. Observaba con enorme interés la interacción entre el otro niño y su madre. A diferencia de la primera, la segunda madre estaba absorta en la lectura de una revista y aparentemente no prestaba atención alguna a lo que sucedía en la sala.

Tras unos pocos minutos atendiendo a la escena con fascinación, el segundo niño se acercó al sofá e imitando al primero le pidió a su madre un lápiz. La madre le miró pero su reacción fue mínima (como diciendo: “deberías estar jugando, estoy leyendo”). Él insistió en su solicitud, esta vez con tono más alto y exaltado. Llegado este punto la madre levantó sus ojos de la revista y con cierta irritación buscó en su bolso un lápiz. Sacó un bolígrafo y se lo dio a su hijo, pero a continuación siguió leyendo. Su hijo parecía claramente angustiado por este segundo retraimiento, y sus esfuerzos de captar la atención de su madre fueron en aumento, gritándole: “Mamá, mamá, dame el lápiz y yo te lo tiro”, tratando así que su madre jugase con él al mismo juego afectivamente vital al que había visto jugar a la otra pareja madre-hijo.

La segunda madre volvió a levantar los ojos de la revista para mirar con más atención cómo jugaban la otra madre y su hijo. En un aparente esfuerzo de reunir el suficiente entusiasmo, le dio a su hijo el bolígrafo, él se lo lanzó de vuelta, ella se lo volvió a entregar, etc., imitando los movimientos de la otra madre a su lado, aunque de una forma mecánica y poco entusiasta. Su hijo se iba angustiando cada vez más conforme se esforzaba con mayor ahínco por despertar en su madre la implicación emocional divertida que percibía en la otra pareja, pero la madre seguía sin reaccionar de una forma más plena.

El niño se mostró entonces abiertamente frustrado, le birló al otro niño un juguete que tenía en la mano, sin hacerle daño pero asustándole claramente y distrayendo su atención del juego con su madre. La madre del primer niño reaccionó de forma protectora hacia su hijo, pero enseguida mostró preocupación por el otro niño también, que estaba claramente angustiado. La segunda madre frunció el ceño y reprendió a su hijo por la acción abiertamente hostil, aunque eludiendo la mirada de la otra madre y su hijo. Entonces el segundo niño se retiró a una esquina de la sala aparentemente enfadado y frustrado y se puso a jugar con unos camiones él solo, y de un modo un tanto agresivo.

Me parece que esta breve viñeta, analizada atentamente, ofrece un gran *insight* acerca del tipo

de experiencias intersubjetivas que enseñan a los niños a comprender y modular sus propios sentimientos de interés por sí mismos, los afiliativos, los de amor y los agresivos.

El primer niño había entrado en interacción con su madre de un modo sencillo y agradable. Una interacción en la que se había sentido capaz de expresar su deseo (por el lápiz, por proximidad, por el juego íntimo compartido), así como una ligera hostilidad provocadora (lanzando el lápiz otra vez a su madre, como diciendo: “No lo quiero, ¡no te quiero a ti!). Su madre se había sentido capaz de hacer aquello que a menudo resulta evidente, de un modo intuitivo, para los padres suficientemente buenos. Aunque analizado un poco más de cerca constituye toda una demostración de un conjunto de habilidades psicológicas extraordinarias.

Ciertamente disfrutaba de la relación de intimidad cariñosa y juguetona con su hijo, y toleraba aunque moderaba sus leves expresiones de agresividad. Siguiendo el pensamiento de Winnicott, puede verse como el primer niño ponía a prueba la capacidad de la madre de tolerar su agresión sin sentir una necesidad de retaliación, y de este modo ella construía un espacio emocional compartido en el que podía haber tanto el amor como el odio, sin la destrucción de la confianza fundamental.

Analizándolo en más detalle se podría decir que en la sutil agilidad del interjuego intersubjetivo entre la primera madre y su hijo, ella estaba conteniendo y procesando las motivaciones de interés propio del niño (en este caso ligeramente hostiles) de un modo que quedaban transformadas en algo bastante distinto. Las expectativas implícitas del niño, generadas en sus interacciones anteriores, no parecían ser del tipo: “La necesidad agresiva que siento hacia ti probablemente te despierte una reacción retaliativa y de odio”. Su expectativa implícita parecía más bien ser algo así como: “La necesidad agresiva que siento hacia ti seguramente sea contenida en un instante de conexión significativa, en el cual seremos conscientes de que tanto el amor como el odio existen en el interior de ambos, y mientras que la agresión no sea verdaderamente destructiva, puede en realidad resultar generadora de pasión.”

Volviendo a la segunda pareja madre-hijo, desgraciadamente se observa una historia muy distinta. La madre y su hijo desde el principio se encontraban emocionalmente desconectados el uno del otro. Ella estaba inmersa en la lectura de su revista mientras el niño jugaba solo. No había contacto visual, pese a que se encontraban en una situación nada familiar que en muchas otras madres habría suscitado un grado de atención mucho mayor. El segundo niño enseguida quedó fascinado por la interacción íntima y juguetona que veía en la primera pareja, y que desde luego le despertó un fuerte deseo de crear una interacción de calidad semejante con su propia madre.

Cuando el segundo niño se acercó a su madre para entablar relación con ella, su reacción fue repetidamente nula. Finalmente logró captar su atención, y hasta conseguir ocuparla en los gestos del juego. Pero le fue imposible generar el tipo de conexión y placer que podía percibir en la otra madre y su hijo. Desgraciadamente la madre del segundo niño fue incapaz de implicarse de ese modo con él, seguramente, como crucialmente señalan los estudios sobre el apego, porque probablemente ella tampoco había experimentado esta forma de relación en su vida. Probablemente no había disfrutado del tipo de experiencias expansivas que hubieran

podido despertar su interés por ese derroche de deseos y necesidades que su hijo se empeñaba fervientemente en expresar.

Como resultado de su falta de respuesta y en pleno ataque de rabia el niño cejó en su esfuerzo por implicarla, manifestó su ira y envidia hacia la primera pareja en forma de una leve agresión física y se retiró a lo que se percibía como un triste aislamiento. Resulta significativo que la *primera* madre se mostrara muy consciente de la angustia del *segundo* niño, demostrando así su capacidad de genuina preocupación incluso hacia un otro con el que no mantenía una relación de intimidad. Pero la madre del segundo niño se limitó a criticarle por su conducta, dejando que se aislara compungidamente.

Los estudios sobre el apego han aportado abundante evidencia de que las cualidades de empatía, responsividad y fijación sintónica de límites demostrados por la primera pareja constituyen ingredientes esenciales en el desarrollo del apego seguro en los niños de corta edad. Waters, Wippman, and Sroufe (1979) han demostrado que los niños con apego seguro tienden a mostrarse comprensivos con sus pares ya a la edad de 3 años, lo que no sucede con aquellos con un apego inseguro (Keltner, 2010, pág. 14). La capacidad de empatizar con la experiencia de la otra persona es requisito para la identificación y la compasión, aunque no para la agresión.

Desearía reflexionar aquí sobre ciertos modos específicos de relación temprana segura que pueden posibilitar al niño la experimentación de sus deseos motivados por un interés propio de un modo intersubjetivamente expansivo, y que implique además un cierto grado de empatía hacia los sentimientos de los otros. La capacidad de identificarse con los estados emocionales de otra persona sirve para mitigar de forma natural el potencial destructivo de deseos de un marcado interés propio, ya que el bienestar tanto del sí mismo como del otro forma parte de la ecuación consciente o inconsciente, incluso cuando sucede de manera conflictiva. En el caso de la primera pareja madre-hijo, a mi entender pareciera que tanto los sentimientos de amor como los agresivos hubieran resultado *alterados*, por verse inmersos en el espacio intersubjetivo del “nosotros” que la madre pudo crear con su hijo. Los deseos de interés propio del primer niño no desaparecieron, sino más bien pasaron a formar parte de una historia interpersonal más amplia que incluía tanto la agresión como el amor, y que fue canalizada a una conexión afiliativa más sólida, caracterizada por un estar juntos íntimo y vital. Un aspecto sobresaliente de dicha interacción fue el placer mutuo que a menudo acompaña al proceso de co-construcción relacional de significados.

Como clínica, una imagina fácilmente cómo los sentimientos de amor, agresividad, interés propio y afiliativo del primer niño, habiendo sido impregnados de este espacio emocional compartido y vital, resultarán en una mayor capacidad de negociación, tanto intrapsíquica como interpersonal, de sus propios deseos conflictivos, permitiéndole disfrutar de una interconexión con los demás más apasionada y compasiva. Esto aumentará sus posibilidades de sentir lo que llamo interés propio “yo contigo”, en lugar de “yo solo”; un modo de relación más expansivo que puede incluir, pero también trascender, deseos de interés propio más limitados. Gracias a que la madre del primer niño pudo sintonizar con los deseos de interés propio de su hijo, estos deseos pudieron ser canalizados a una experiencia de afiliación que de este modo

fortaleció su interconexión.

Parece ser que la segunda madre y su hijo, desgraciadamente, se mantuvieron en gran medida en un estado de interés propio “yo solo”, caracterizado por una aparente falta de empatía e identificación por parte de la madre. Como la clínica bien nos ha enseñado, este tipo de experiencia de necesidad aislada y opuesta a menudo conduce a sentimientos de soledad, culpa, vergüenza e incluso odio dirigido contra el sí mismo. Puede también conducir a las cruciales manifestaciones del paradigma de “el que hace” y “el que es hecho” descrito por Benjamín, por el cual las intenciones se mantienen opuestas (tanto intrapsíquica como interpersonalmente), y donde la mutualidad se torna esquiva (Benjamín, 2004).

Centrémonos brevemente en el caso de un paciente adulto. Louise es una mujer perspicaz que inició su tratamiento a los 66 años, y que en ocasiones desplegabamos unas demandas agresivas que me cogían por sorpresa. Louise me hablaba largo y tendido sobre su culpa por no haberse hecho cargo de su anciana madre, y sus sentimientos de haber perseguido lo que entendía como intereses profesionales egoístas, en lugar de dedicarse a proveer de las atenciones suficientes a sus hijos. A Louise le preocupaba esta cuestión, pero lo que me resultaba extraño era que en mitad de sus reflexiones, brusca y repentinamente, me preguntaba si había ido a un determinado concierto, o visto cierta película, o si algún objeto del consultorio era nuevo o por alguna razón le había pasado inadvertido hasta ese momento. El modo en el que me hacía estas preguntas resultaba muy sorprendente. En ocasiones tenía la sensación de que me presionaba el pecho con el dedo demandándome la respuesta, y otras veces era como si se estuviera literalmente lanzando sobre mi cuello de un modo que resultaba a la vez agresivo y posesivo.

Contestaba a alguna de sus preguntas, y exploraba con ella el significado de su surgimiento repentino en los momentos determinados en los que se producía, pero ella refería con una rigidez inusitada que dicha curiosidad era normal, y que si realmente existiera algún significado más profundo ella lo ignoraba por completo. Al inicio de una de las sesiones me comunicó que antes de proseguir debía de tratar un asunto en particular. Tenía que informarme de que había buscado, el día anterior, la dirección de mi casa, y que había pasado por delante con el coche y la había estado observando detenidamente.

Refirió haberse sentido profundamente angustiada conforme se iba aproximando a la casa, y que la ansiedad desapareció de inmediato una vez comprobó que no se trataba de una elegante mansión como había temido, sino una casa normal como la suya. Además, que esto le había servido para mitigar su preocupación de que yo disfrutara de un estatus económico o cultural más elevado que ella, y que habiendo realizado dicha comprobación, se sentía en condición de continuar con nuestro trabajo. Yo estaba ciertamente sorprendida, no tanto por el hecho de que hubiese decidido pasar por delante de mi casa, sino por el modo imperioso y unilateral con el que me lo había transmitido, como si ella se hubiera limitado a reclamar el derecho a un conocimiento que ahora que estaba en su poder, y se suponía que yo no debía reaccionar de ninguna manera. Me esforcé por encontrar el modo de expresar mi sensación de estar siendo objeto de una agresiva intrusión por parte de Louise, pero en ese momento no

encontraba la forma de hacerlo sin correr el riesgo de provocarle una terrible vergüenza.

Conforme su tratamiento se iba desarrollando fue haciéndose evidente que Louise había vivido a sus padres como socialmente adecuados pero emocionalmente distantes, y que se había sentido imposibilitada de acceder al mundo emocional de su madre. El padre de Louise, mucho mayor y un hombre distante, falleció cuando ella tenía 16 años, dejándola con una sensación acerca de los hombres como estimulantes aunque misteriosos y algo aterradores. Estuvo casada en dos ocasiones pero ambos matrimonios fracasaron.

Durante los primeros años de nuestro trabajo juntas Louise fue elaborando sus sentimientos de que aunque su madre verdaderamente no compartió gran cosa con ella que fuera relevante emocionalmente, en ocasiones sí se comportaba de un modo invasivo, que hacía pensar que sintiera el deseo de reclamar para sí las áreas más íntimas de la vida de Louise. Temía, cuando su madre la besaba, que, literalmente, se avalanzase sobre su cuello y tomase el control de su cuerpo. Una vez que descubrí esto pude encontrar el modo de compartir con Louise que, en ocasiones, yo también me sentía con ella tal y como ella se había sentido con su madre, con la sensación de que estaba tratando de forzar la entrada a mi interior de un modo unilateral, llevándose partes de mí para su uso personal, lo que a veces me resultaba hasta agresivo. Aunque a Louise le resultaba doloroso escuchar esto, resonaba profundamente en su interior y nos permitía comenzar a explorar su sensación de que este modo tan rudimentario era el único del que disponía para intentar conectar con el otro, además de que su conducta no era sino la consecuencia de su desesperación por obtener reconocimiento y aceptación.

Fue haciéndose patente que las necesidades que Louise había sentido de niña de ser reconocida y de conocer más acerca de quién era su madre realmente, habían sufrido un descarrilamiento. Desde su recorrido saludable hacia la mutualidad habían derivado en la sensación de que uno debe actuar en un modo de interés propio “yo solo”, siendo ésta la única vía para, al menos, tener cierta oportunidad de conectar con el otro, aunque el resultado fuese un sentimiento muy limitado y nada mutuo. Lógicamente su actitud había molestado a otros, rara vez permitiéndole alcanzar una conexión emocional positiva.

Durante los 15 años que llevamos trabajando juntas Louise ha ido desarrollando paulatinamente la sensación de que el modo de lograr acceder a mí y a los otros consiste en revelar su deseo más profundo y genuino de conectar emocionalmente de forma auténtica. Louise en este momento tiene 81 años y continúa intensamente implicada en este trabajo conmigo. Aunque se arrepiente dolorosamente de algunos aspectos de su vida, las relaciones con sus hijos y nietos han ido creciendo en generosidad y conexión emocional, y persigue sus objetivos creativos con gran pasión.

Mediante la alquimia de lograr contener y manejar tanto el amor como el odio en los deseos unilaterales de nuestros pacientes, sin retaliación ni retraimiento permanente, los deseos “yo solo” a menudo podrán alzarse por encima de sus limitados objetivos iniciales hasta alcanzar una mutualidad “yo contigo” fundamentalmente más satisfactoria. Lo que las personas creen que quieren constituye a veces una suerte de paradójico vehículo de lo que verdaderamente desean pero sienten fuera de su alcance. El deseo del primer niño, en la situación de juego

entre pares, de provocar a su madre fue redirigido mediante la responsividad moduladora de ésta a un aparente mayor disfrute de la relación de intimidad apasionada y afiliativa. El deseo consciente de Louise de extraer información objetiva de mí reveló, a través de mi contención y sintonía con sus deseos subyacentes, un deseo mucho más significativo por alcanzar una conexión afiliativa conmigo, y descubrir que mis deseos de cuidarla podían ser más fuertes que mi rechazo hacia ella.

Parece por tanto existir una relación dialéctica crucial entre las corrientes motivacionales de los deseos de interés propio y afiliativo. Paradójicamente, cuando las motivaciones reciben una respuesta en sintonía con sus significados más profundos, a menudo la consecuencia es que se ve fortalecida la capacidad del paciente de desarrollar un tipo de conexión afiliativa con el analista y con los otros. De un modo similar, cuando las motivaciones abiertamente acomodaticias reciben una respuesta en sintonía con sus significados más profundos, a menudo la consecuencia es que se ve fortalecida la capacidad del paciente para adoptar un interés propio saludable en relación al analista y a los otros. Permanecer atentos y con una buena predisposición hacia la relación dialéctica implícita entre el interés propio y las motivaciones afiliativas en nuestros pacientes y en nosotros mismos puede, a mi entender, promover una capacidad expansiva para la expresión de la plenitud de nuestros deseos personales, al tiempo que paradójicamente, la construcción de conexiones más profundas y resilientes con los otros.

Como el trabajo clínico y la investigación social nos han enseñado, resulta muy difícil sentir el regocijo y el sentido de propósito en nuestra vida cuando nos encontramos atrapados en la posición de interés propio “yo solo”. La experiencia de *vívida interconexión* con los otros o el mundo natural parece ser un *sine qua non* del lograr sentir intensamente la propia vida, en desarrollo y llena de auténtico significado.

Cuando las personas logramos ir más allá de un nivel limitado de “mi-mismo” y “ti-mismo”, a un nivel expandido de “Yo-ismo y Tu-ismo”, como Buber quizá sugeriría, el sentido de interconexión humana primal que de ello resulta, necesariamente temporal, hace más plausible alcanzar las manifestaciones de bondad auténtica a las que todos aspiramos. Phillips y Taylor, en su reciente obra “Elogio de la bondad”, refieren que la bondad no supone “la tentación de ignorar o renunciar a los aspectos agresivos de nosotros mismos, sino [más bien representa] la solidaridad con la necesidad humana, y con el sentimiento tan paradójico de impotencia y poder que el deseo humano induce<sup>3</sup>” (2010, pág. 114).

Una meta importante del análisis es ayudar a nuestros pacientes a que puedan ir más allá del interés propio “yo solo”, hacia el interés propio “yo contigo”. Esto puede lograrse con una actitud positiva hacia la fértil relación dialéctica entre las motivaciones marcadas por el propio interés y las afiliativas, y posibilitará que los deseos de nuestros pacientes se tornen en generativos, en el sentido sabiamente descrito por Eric Erickson (1950). Si frente al beneficio personal como elemento fundamental el resultado alcanzado es el crecimiento colectivo y la interconexión, ello no hará sino realzar las posibilidades de que la humanidad prospere.



## REFERENCIAS

- Benjamin, J. (2004). Beyond doer and done to: An intersubjective view of thirdness, *Psychoanalytic Quarterly*, 73: 5-46 [Versión castellana en *Intersubjetivo*]
- Erickson, E. (1950). *Childhood and Society*, New York: Norton.
- Keltner, D., Marsh, J. & Smith, J.A. (2010). *The Compassionate Instinct*, New York: Norton
- Phillips, A, & Taylor, B. (2009). *On Kindness*, New York: Farrar, Straus, & Giroux
- Waters, Wippman, and Sroufe, (1979). Attachment, positive affect, and competence in the peer group: Two studies in construct validation, *Child Development*, 50, 821-829

Original recibido con fecha: 2-6-2011 Revisado: 19-2-2012 Aceptado para publicación: 20-2-2012

## NOTAS

---

<sup>1</sup>Este trabajo formo parte del panel “La frustración y la promoción del deseo en un mundo cambiante” presentado en la *IX International IARPP Conference*, Madrid, 29 Junio a 2 Julio 2011. Traducción al castellano de Luis Sandoval Silva, con autorización de la autora para su traducción y publicación.

<sup>2</sup> Julia E. Davies es Doctora en Psicología y Psicoanalista. Mantiene práctica privada en Psicoterapia, Psicoanálisis y Consulta en Ann Arbor, Michigan. Es profesora estable del *National Training Program in Contemporary Psychoanalysis, National Institute for the Psychotherapies (NIP)*, New York City, desde 2010. Profesora y analista didacta del *Michigan Psychoanalytic Council*, desde 2007; y supervisora clínica en la *University of Michigan Psychological Clinic*, Ann Arbor desde 2003.

<sup>3</sup> N. del T.: La traducción al castellano es mía.